

Don Alejandro

Aguilar Machado

El homenaje que mañana rendirá el Gobierno de la República a don Alejandro Aguilar Machado es un acto de justicia. Se exalta al hombre, al funcionario público, al profesional y, sobre todo, al educador.

Bien hace el Gobierno en presentarle a la juventud y, en general, a los costarricenses a este preclaro varón, formador de varias generaciones, quien ha tenido en sus manos la materia más frágil y sagrada de la sociedad: los jóvenes. Este homenaje está en la línea de un estilo de vida, de nuestra vocación histórica.

Se enaltece al político, al guerrero, al deportista, a todo aquel, en fin, que tiene éxito en la vida. Tener éxito o triunfar es, según este criterio, sobresalir por lo que se tiene o por la gloria que se ha acumulado. Es, por ello, necesario que un gobierno rinda pleitesía a quien se ha distinguido por lo que es, por su riqueza interior.

Don Alejandro Aguilar Machado representa un tipo de educador: aquel que forma con su palabra y, sobre todo, con su ejemplo, su conducta cotidiana. No es el pedagogo que ha creado un sistema para formar a los niños y a los jóvenes, aquel que aplica unas cuantas recetas o fórmulas, sino aquel que forma por la abundancia de su vida interior. No es aquel que exclama: "Haced lo que yo digo y no lo que yo hago", sino que se convierte en apóstol por sus obras y sus palabras, entre las cuales hay una concordancia perenne.

Actualmente, el ejercicio educativo

es una profesión, un oficio. Don Alejandro Aguilar Machado representa al educador para el cual su trabajo era la fidelidad a su vocación. Un apostolado.

Cumple don Alejandro 80 años. Una vida llena de méritos y de bondad. Atrás queda su labor en la educación costarricense, como profesor, director y Ministro, catedrático y conferencista y, sobre todo, su entrega radical a la formación de los jóvenes, con preferencia a los adolescentes, a aquella etapa de floración de la vida en la que la angustia y el éxtasis se encuentran en cada recodo, en la que se necesita, más que en ninguna otra, la mano limpia y luminosa del maestro. Esta dedicación de don Alejandro a este sector de la juventud demuestra su sensibilidad espiritual.

En una época de profundas transformaciones internas, las más de las veces mal dirigidas, de deterioro del hombre, del predominio de la estadística y de lo masivo, de la tecnología y de la economía, bueno es resucitar al hombre y demostrarle a los jóvenes que no todo lo que reluce es oro, y que la verdadera sabiduría se oculta no en los dirigentes fugaces o en las consignas, sino en una vida llena de trabajo, de sufrimiento, de disciplina y de conocimiento de sí mismo, condiciones necesarias para poder transmitir el bien y la justicia.

En un país en el que la mala política ha empobrecido al hombre conviene enaltecer al hombre para encontrar el camino de la buena política.